El Hongo Venenoso



Historias por Hernst Hiemer

Dibujos por Fips

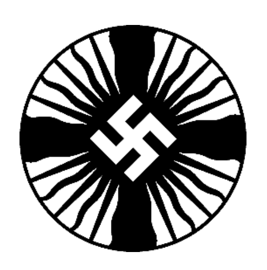
El Hongo Venenoso



Un Libro del Stürmer para Pequeños y Grandes

Historias por Ernst Hiemer
Ilustraciones por Fips

Ediciones Sol Invicto



Ediciones Sol Invicto

Quinta edición

Primera edición en español: junio de 2019
Quinta edición: octubre de 2024

El hongo venenoso

El pequeño Franz ha ido a buscar setas al bosque con su madre. Franz, que suele ser un chico tranquilo, es como una segunda persona hoy: Riendo, salta por encima de arbustos y zanjas y grita con una gran exuberancia.

Su madre lo mira felizmente y se regocija con la alegría de su hijo. Luego dice: "¿Qué pasa, Franz? Yo ya llené mi canasta. ¡Y tú aún no has encontrado ni una sola seta! ¡Debes buscar con más diligencia y mirar más al suelo que al aire!

Franz asiente.

"Tienes razón, madre. Me he olvidado de mirar, es tan hermoso aquí en el bosque. ¡Pero a partir de ahora seré más trabajador!"

Media hora más tarde regresa corriendo con su madre.

"¡Hurra! ¡Ahora tengo tantos hongos como tú, madre!". Él exclama. Y un poco más tranquilo añade: "¡Pero creo que hay algunos hongos venenosos!"

Mamá sonríe.

"¡Me lo imagino! Pero eso no es tan malo. Revisaremos la cesta y tiraremos los venenosos".

Franz toma un hongo de su cesta. "Mamá, este no me gusta nada. ¡Debe ser venenoso!"

La madre asiente con la cabeza.

"¡Tienes razón! Eso es un boleto de Satanás. Es muy venenoso. Lo distingues por su color y mal olor".

Franz tira el hongo venenoso al suelo y lo aplasta. Luego saca otro hongo de su cesta. Es alto, tiene un tallo blanco grisáceo y un gran sombrero rojo con manchas blancas".

"Mamá, tampoco confío en este hongo. Tiene un color demasiado brillante para mí. ¡Definitivamente es venenoso!"

"También lo creo", dice la madre, "es una Matamoscas. ¡Tírala!"

Entonces Franz toma dos hongos de la canasta. "Pero estos dos no son venenosas. Yo los conozco uno es un Hongo Porcino y el otro es un Champiñón. Se pueden comer. Saben muy bien".

La Madre mira cuidadosamente los hongos.

"¡Así es! Los llevaremos a casa". Y pone los hongos en su cesta.

"¡Tengo otro hongo!" Dice Franz. Y saca un hongo más.

Mamá está asustada.

"¡Por el amor de Dios, Franz! ¡Eso no es un Champiñón! ¡Es una Amanita phalloides! Este es el peor hongo venenoso que existe. Y es doblemente peligroso, porque se lo puede confundir fácilmente".

La madre toma la cesta de su hijo y saca los hongos uno por uno.

"Este es un Rebozuelo, es comestible. Pero este es un Hifoloma. Es venenoso. ¡Tirémoslo! Y ese es un Gorra Roja. Se pueden comer. Pero el otro es un hongo irritante venenoso. No podemos llevarlo a casa..."

De esta manera la madre le explica a su hijo las diferentes clases de hongos.

Luego los dos toman sus canastas y regresan a casa.

En el camino la madre dice:

"Mira, Franz, así como sucede con los hongos en el bosque, también sucede con la gente en la tierra. Hay buenos hongos y hay buenas personas. Hay venenosos, malos hongos y hay malas personas. Y hay que tener cuidado de las malas personas así como de los hongos venenosos. ¿Entiendes?"

"Sí, madre, lo entiendo", dice Franz, "Involucrarse con malas personas puede ser una desgracia, justo como comer un hongo venenoso. ¡Uno puede incluso morir!"

"¿Y tú sabes quienes son esas malas personas, esos hongos venenosos de la humanidad?" La madre continuaba.

Franz golpea su pecho con orgullo:

"¡Por supuesto que lo sé, madre! ¡Son los judíos! ¡Nuestro maestro nos ha contado de ellos!"

Riendo, la madre le da una palmadita en el hombro a Franz.

"¡Cielos, eres un chico muy listo! Pero ahora presta atención, para que entiendas lo que estoy a punto de decirte. Repito: hay buenos hongos y malos hongos. Hay gente buena y hay gente mala. La gente mala son los judíos. Pero a menudo es difícil distinguir a las personas malas de las buenas".



"Asi como a menudo es difícil distinguir un hongo comestible de uno venenoso, a menudo también es muy difícil reconocer al judío como un estafador y un criminal".

"Eso creo", dice Franz, "a menudo es tan difícil como distinguir los hongos venenosos de los comestibles".

"¡Así es!" alaba la madre. Y luego sigue hablando. "Los judíos son gente mala. Son como hongos venenosos. Así como a menudo es difícil distinguir un hongo comestible de uno venenoso, a menudo también es muy difícil reconocer al judío como un estafador y un criminal. Así como los hongos venenosos aparecen en diferentes colores, los judíos también pueden moldearse tomando diferentes formas".

"¿Qué tipo de formas diferentes?", Pregunta el pequeño Franz.

La madre se da cuenta de que su hijo aún no ha entendido bien el asunto. Pero impávida, continúa explicando.

"¡Escucha entonces! Está, por ejemplo, el vendedor ambulante judío. Va de pueblo en pueblo con telas y todo tipo de cosas. Afirma que sus bienes son los mejores y más baratos. En realidad son los peores y más caros. ¡No puedes confiar en él! Al igual que con un hongo venenoso. ¡No puedes confiar en su apariencia! También está el vendedor de ganado judío, el carnicero kosher, el médico judío, el judío bautizado, etc. Sin importar cómo se disfracen, o cuán amigables traten de ser, afirmando una y mil veces sus buenas intenciones hacia nosotros, no hay que creerles, son judíos y siguen siendo judíos. Para nuestro pueblo son veneno".

"¡Como los hongos venenosos!" Dice Franz.

"¡Sí, mi niño! Justo como un solo hongo venenoso puede matar a una familia entera, también un solo judío puede destruir una villa entera, una ciudad, incluso a todo un pueblo".

Franz entendió a su madre.

"¿Dime, madre, saben todos los no-judíos que los judíos son un peligro como los hongos venenosos?"

La madre negó con su cabeza.

"Desafortunadamente no, hijo mío. Hay millones de no-judíos que todavía no conocen al judío. Y es por eso que debemos iluminar a las personas y advertirles sobre los judíos. Nuestra juventud también debe ser advertida. Incluso nuestros niños y niñas deben conocer al judío. Deben aprender que el judío es el hongo venenoso más peligroso que existe. Así como los hongos venenosos aparecen en cualquier lugar, también el judío se encuentra en todos los países del mundo. Así

como los hongos venenosos a menudo traen consigo la desgracia más terrible, así también el judío es la causa de miseria y desastre, enfermedad y muerte".

*

La juventud alemana debe aprender sobre el hongo venenoso judío. Deben saber el peligro que el judío representa para el pueblo alemán y para el mundo entero. Deben saber que la cuestión judía envuelve el destino de todos.

Las siguientes historias cortas cuentan la verdad sobre el hongo venenoso judío. Muestran las muchas formas que el judío asume. Muestran la depravación y la bajeza de la raza judía. Muestran al judío como realmente es:

¡El diablo en forma humana!

Cómo reconocer a los judíos

Las cosas están muy animadas en la clase de niños de 7º grado del Sr. Birkmann. El profesor está hablando sobre los judíos. Y los chicos están especialmente interesados en esto. El Sr. Birkmann ha dibujado judíos en el pizarrón. Los niños están fascinados. Incluso el más perezoso de ellos, "Emil el Roncador" está prestando atención y no se duerme, como hace tan a menudo en otras asignaturas. El Sr. Birkmann es un buen profesor. A todos los niños les gusta. Se alegran cuando habla de los judíos. Y el Sr. Birkmann puede hacerlo con maestría. En su vida llegó a conocer muy bien a los judíos. Y sabe cómo describir todo de una manera tan emocionante que la hora favorita del día es la "hora judía". El Sr. Birkmann mira el reloj.

"Son las doce en punto", dice, "Ahora resumamos lo que hemos aprendido en esta lección. ¿De qué hemos hablado?"

Todos los niños levantan la mano. El maestro llama a Karl Scholz, un niño en la primera fila. "Hemos hablado de cómo reconocer a los judíos".

"¡Bien! ¡Cuéntanos más!"

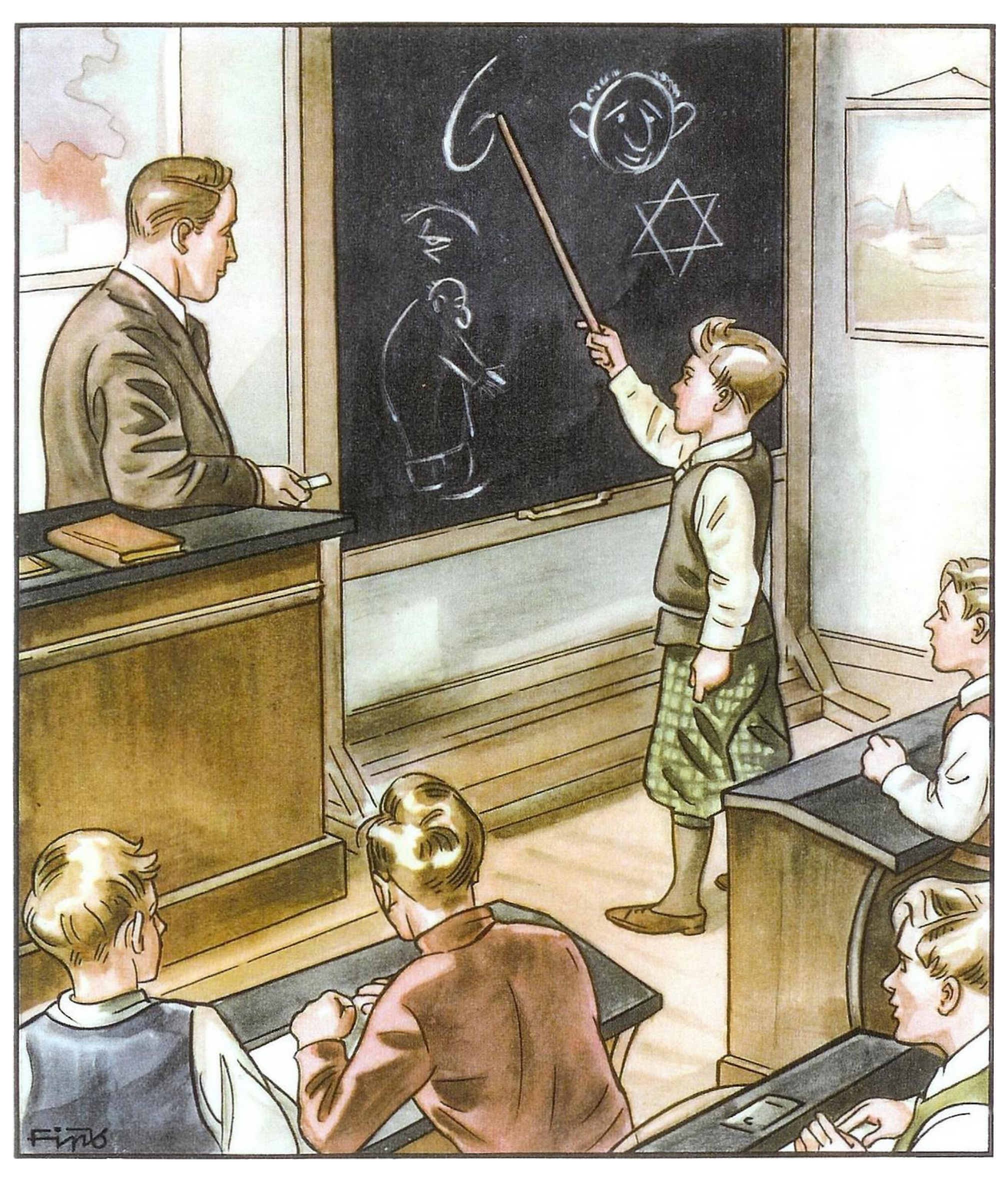
El pequeño Karl toma el puntero, va hasta la pizarra y señala los dibujos.

"Uno puede distinguir fácilmente a un judío por su nariz. La nariz judía está torcida en su punta. Parece el número seis. Lo llamamos "el seis judío". Muchos no-judíos también tienen la nariz torcida. Pero sus narices se doblan en la parte de arriba, no en la inferior. Tal nariz se llama nariz de gancho o una nariz de águila. No tiene nada que ver con la nariz judía".

"¡Bien!", dice el profesor. "Pero la nariz no es la única manera de reconocer a un judío..."

El chico continúa. "Uno también puede reconocer a un judío por sus labios. Sus labios suelen estar hinchados. El labio inferior a menudo sobresale. Los ojos también son diferentes. Los párpados suelen ser más gruesos y carnosos que los nuestros. La mirada judía es cautelosa y penetrante. Uno puede decir por sus ojos que es una persona falsa y deshonesta".

El maestro llama a otro alumno. Se llama Fritz Müller, y es el mejor de la clase. Fritz va al pizarrón y explica:



"La nariz judía está torcida en su punta. Parece el número seis..."

"Los judíos suelen ser de tamaño pequeño a mediano. Tienen piernas cortas. Sus brazos también son a menudo muy cortos. Muchos judíos tienen las piernas torcidas y los pies planos. A menudo tienen una frente baja e inclinada, una frente que retrocede. Muchos criminales tienen esa frente. Los judíos también son criminales. Su pelo suele ser oscuro y a menudo rizado como el de un negro. Sus orejas son muy grandes y parecen los mangos de una taza de café".

El maestro se dirige a sus alumnos.

"¡Presten atención, niños! ¿Por qué Fritz siempre dice 'muchos judíos tienen las piernas arqueadas', o 'a menudo tienen las frentes en retroceso', o 'su pelo suele ser oscuro'?".

Habla Heinrich Schmidt, un niño grande y fuerte en la última fila. "No todos los judíos tienen esas características. Algunos no tienen una verdadera nariz judía, sino verdaderas orejas judías. Algunos no tienen pies planos, pero verdaderos ojos judíos. Algunos judíos no pueden ser reconocidos a primera vista. Incluso hay algunos judíos con el pelo rubio. Si queremos reconocer a los judíos, entonces debemos mirar cuidadosamente. Pero si prestas mucha atención, puedes saber de inmediato si estás tratando con un judío".

"Muy bien", dice el profesor. "Y ahora cuéntenme sobre otras formas de distinguir a los judíos de los no-judíos. Richard, ¡ven aquí!"

Richard Krause, un muchacho rubio y risueño, va a la pizarra. Él dice: "También se puede distinguir a un judío por sus movimientos y gestos. El judío mueve la cabeza de un lado a otro. Su forma de andar es arrastrada e inestable. El judío mueve las manos cuando habla. Se dice que 'murmura'. Su voz es quebradiza. Habla por la nariz. Los judíos también tienen un desagradable olor dulce. Si tienes buen olfato, puedes oler a los judíos".

El profesor está satisfecho.

"¡Eso es correcto, chicos! ¡Han prestado mucha atención! Y si tienen mucho cuidado en la vida y mantienen los ojos abiertos, entonces no serán engañados por los judíos".

Luego el profesor va al atril y gira la pizarra. En el otro lado está escrito un poema. Los niños lo leen en voz alta:

Del rostro del judio
El diablo nos habla,
El diablo que en cada nación
Se convierte en una plaga maligna.

Si vamos a liberarnos del judio
Y ser felices y alegres de nuevo,
Entonces la juventud debe luchar con nosotros,
Para derrotar al demonio judio.

Cómo llegaron los judíos

En una pequeña y antigua ciudad alemana. El sol sonríe hermosamente por las bonitas casas y limpias calles. El reloj de la torre del ayuntamiento acaba de marcar la cuarta hora de la tarde. La escuela ha terminado. Con sus mochilas en la espalda o bajo el brazo, los niños regresan a casa a toda prisa. Fritz y Karl están entre ellos. Han acordado ir a nadar juntos. El agua está un poco fría pero los niños alemanes pueden soportarlo.

Fritz se detiene en medio de la calle y observa a un grupo de tres hombres. "¡Karl, míralos! ¡Dios mío, qué aspecto tienen esos hombres!"

"¿Ah, te refieres a esos tres judíos orientales de ahí? Ya los conozco. Han estado rondando en la ciudad desde ayer".

El pequeño Fritz ha visto a muchos judíos. Pero no los ha visto tan sucios y feos.

"¿Por qué les dices judíos orientales?", Pregunta Fritz.

Karl lo sabe. Es un año mayor que Fritz y el mejor alumno de su clase.

"¡Nota, Fritz! Los judíos que vemos allí provienen de Galicia o Polonia. Y como la patria de esos judíos está en el este de Alemania, se les llama judíos orientales. ¿Entiendes?"

Por supuesto, Fritz lo entendió enseguida. Pero todavía no podía superarlo. "¡Sólo mira a esos tipos! ¡Esas horribles narices judías! ¡Esas asquerosas barbas! ¡Esas orejas sucias y sobresalientes! ¡Esas piernas torcidas! ¡Esos pies planos! ¡Esas ropas manchadas y grasientas! ¡Mira cómo mueven las manos! ¡Cómo regatean! ¡Y se supone que son hombres!"

"¿Y qué clase de hombres?", responde Karl. "Son criminales de la peor clase. Mienten y engañan, roban y hurtan, por lo que uno puede tener miedo de tanta maldad. Primero se intercambian harapos, huesos, papeles, muebles viejos y otros desperdicios. Finalmente abren pequeñas tiendas. Trabajan con ladrones. Los bienes robados llegan a los judíos y los venden de nuevo. Ganan mucho dinero".

"Y cuando se hacen ricos con sus estafas, ¿qué hacen?", Pregunta Fritz.

Karl responde:



"¡Mira a esos tipos! ¡Esas asquerosas barbas! Esas orejas sucias y sobresalientes..."

"Si tienen suficiente dinero se deshacen de sus sucias ropas, se cortan sus barbas, se despiojan, se ponen la ropa actual y andan como si no fueran judíos. En Alemania hablan alemán y se hacen pasar por alemanes. En Francia hablan francés y dicen ser franceses. En Italia quieren ser italianos; en Holanda, holandeses; en Estados Unidos, estadounidenses; y así sucesivamente. Así se extienden por todo el mundo".

Fritz se ríe.

"Pero escucha, Karl, eso no les ayuda. Sus narices siguen siendo judías, sus orejas judías, sus piernas torcidas judías y sus pies planos judíos, no pueden cortárselos. ¡Así siempre pueden ser reconocidos como judíos!"

Karl asiente:

"Naturalmente, uno puede reconocerlos si usa los ojos. Pero desafortunadamente, todavía hay muchas personas que caen en el timo de los judíos".

"¡Pero yo no!", exclama Fritz, "¡Conozco a los judíos! Y también conozco un buen dicho:

Del oriente vinieron una vez,
Sucios, deplorables, los bolsillos vacíos.
Pero después de unos años
Se habían hecho ricos.

Hoy se visten con la ropa más fina,
Ya no quieren ser judíos.
Así que abre bien los ojos y recuerda:
¡Un judío sigue siendo judío!"

¿Qué es el Talmud?

Sally tiene trece años. Es el hijo del ganadero judío Blumenstock de Langenbach. No hay ninguna escuela judía allí. Por lo tanto, Sally tiene que ir a la escuela alemana. A sus compañeros de escuela no les cae bien. Sally es insolente y descarado. Siempre hay peleas. Y Sally siempre es responsable de ellas.

Hoy Sally no tiene que ir a la escuela. Debe ir a ver al rabino de la ciudad. Un rabino es un sacerdote judío. Y este sacerdote judío quiere comprobar si Sally ha estudiado diligentemente las enseñanzas de la religión judía. Sally entró en la sinagoga. La sinagoga es la Iglesia de los judíos. Allí le espera el rabino. Es un viejo judío con barba larga y cara de diablo. Sally inclina la cabeza. Luego el rabino lo lleva al atril de lectura. Allí hay un libro grande y grueso abierto. Es el Talmud. El Talmud es el libro secreto de la ley de los judíos.

El rabino comienza el examen:

"Sally, tienes un profesor gentil en la escuela. Y cada día oís lo que dicen los gentiles, lo que creen, y las leyes por las que viven..."

Sally interrumpe al rabino.

"Sí, rabino, lo oigo todos los días. Pero no es asunto mío. Soy judío. Tengo leyes completamente diferentes que obedecer a las de los gentiles. Nuestras leyes están escritas en el Talmud".

El rabino asiente.

"¡Claro! Y ahora quiero oír lo que sabes de ellos. ¡Dime algunos refranes o proverbios que hayas oído en la escuela de los gentiles!"

Sally piensa. Luego dice:

"Un proverbio de los gentiles es: El trabajo no es deshonra".

"¿Qué quieren decir los gentiles con eso?"

"Quieren decir que no hay que avergonzarse de tener que trabajar".

"¿Los judíos también creemos eso?"

"¡No, no creemos eso! En nuestro libro de leyes, el Talmud, está escrito:

'El trabajo es muy perjudicial y poco beneficioso'.

Y es por eso que los judíos no trabajamos, sino que principalmente comerciamos. Los gentiles son creados para trabajar. En el Talmud también dice:

'Los rabinos enseñan: No hay ocupación más baja que el trabajo agrícola. El judío no debe arar el campo, ni plantar grano, el comercio es mucho más rentable que trabajar la tierra'".

El rabino se ríe.

"Has aprendido muy bien. Pero conozco otro pasaje del Talmud que debes aprender". Entonces abre el Talmud. Sally leyó en voz alta:

"Los gentiles fueron creados para servir a los judíos. Deben arar, sembrar, desbrozar, cavar, cosechar, agrupar, tamizar y moler. Los judíos son creados para encontrar todo listo".

El rabino continúa su examen:

"¡Dime más principios o proverbios de los gentiles!"

Sally responde:

"Los gentiles dicen: Sean siempre leales y honestos. El honor es la defensa más segura".

"¿Qué quieren decir los gentiles con eso?"

"Significan que uno siempre debe ser honesto en la vida. No hay que mentir y engañar. Eso es lo que dicen los gentiles".

"¿Y qué hacemos los judíos?"

"Podemos mentir y engañar a los gentiles. En el Talmud se afirma:

'Al judío se le permite engañar al gentil. Todas las mentiras son buenas'.

Y además está escrito:

'Está prohibido que un judío engañe a su hermano. Sin embargo, engañar a los gentiles está permitido'.

Cuando prestamos dinero a los gentiles, debemos exigir intereses usurarios por ello. Porque en el Talmud se le llama expresamente:

'Está prohibido prestar dinero a un gentil sin cobrar un interés usurario. El gentil no debe beneficiarse del préstamo'.

Al judío también se le permite robar al gentil. Está escrito en el Talmud:

'En cuanto al robo, se enseña que los gentiles no deben robarse unos a otros. El gentil no debe robar a los judíos. Sin embargo, el judío puede robar al gentil en cualquier momento'.



"Está escrito en el Talmud: 'Sólo el judío es humano. A los pueblos gentiles no se les llama seres humanos, se les llama ganado'. Y como los judíos consideramos al gentil sólo como ganado, lo llamamos goy".

Y continúa:

> 'Si un judío le ha robado algo a un gentil y el gentil lo descubre y le exige que se lo devuelva, entonces el judío simplemente debe negarlo todo. La corte judía apoyará al judío'.

Asimismo, a los judíos se nos permite comprar bienes robados de los ladrones si provienen de los gentiles. Por lo tanto, los judíos podemos comerciar con lo robado sin pecado ante nuestro Dios. El contrabando y la evasión de impuestos también están permitidos para nosotros los judíos. En el Talmud está escrito que podemos engañar a las autoridades gentiles de aduanas e impuestos. Dice así:

> 'Está permitido el contrabando, porque está escrito: No tienes que pagar lo que debes'.

A los judíos también se les permite robar. Pero sólo se nos permite robar a los no judíos. El Talmud afirma:

> 'Las palabras: «No robarás», según las Escrituras, se refieren sólo a robar al judío. No se refiere a robar a los gentiles'".

"¿Qué significa eso?", pregunta el rabino.

"Significa que no debemos robar ni engañar a ningún judío. Pero podemos engañar al gentil en cualquier momento. Eso sí nos está permitido".

El rabino está satisfecho:

"¡Excelente! En conclusión, dime algunas leyes más del Talmud".

Sally está encantado con los elogios del rabino. Dice: "Está escrito en el Talmud:

> 'Sólo el judío es humano. A los pueblos gentiles no se les llama seres humanos, se les llama ganado'.

Y como consideramos al gentil sólo como ganado, lo llamamos "goy". También se nos permite prestar un juramento falso ante un tribunal gentil en cualquier momento. Está escrito en el Talmud:

> 'Está permitido que el judío presente un juramento falso ante un tribunal gentil. Este juramento debe considerarse siempre como un juramento forzado. Incluso si un judío jura por el nombre de Dios, se le permite decir la mentira, y rechazar en su corazón el juramento que ha hecho'.

Otra ley dice:

> 'Está escrito: «No matarás». Quiere decir, no se debe matar a los miembros del pueblo judío. Pero los goys (gentiles) no son judíos, por lo tanto pueden ser asesinados'.

Además, está escrito en el libro de Sirac:

> '¡Aterrorizad, Judá, a todas las naciones! ¡Levantad vuestras manos contra los gentiles! Despertad el odio de los gentiles los unos contra otros y derrama la ira. Aplasta las cabezas de los príncipes que son enemigos de los judíos'".

"Es suficiente", le interrumpe el rabino. Se acerca a Sally y le estrecha la mano durante mucho tiempo. Luego dice:

"Eres un audaz estudiante del Talmud. Y un día te convertirás en un verdadero judío. Recuerda siempre lo que el Talmud te exige. Las enseñanzas del Talmud son nuestra ley más sagrada. Las enseñanzas y leyes del Talmud son más importantes y se observan más estrictamente que las leyes del Antiguo Testamento. Las enseñanzas del Talmud son las palabras del Dios viviente de los judíos. Quien transgrede las leyes del Talmud merece la muerte. Siempre recordarás esto, toda tu vida. Si siempre obedeces diligentemente las leyes del Talmud, un día te unirás a nuestros padres bíblicos en el cielo judío, ¡amén!".

*

Asesinato, hurto y mentira,
Robo, perjurio y engaño
¡Todo está permitido para los judíos!
Todos los niños judíos lo saben.

En el Talmud está escrito,
Lo que los judíos deben odiar y amar.
Qué pensar y cómo vivir,
Todo está establecido en el Talmud.

¿Por qué se bautizan los judíos?

Anna y Greta son dos chicas entusiastas de la BDM. Todos los miércoles y viernes tienen "servicio". Estos son los mejores días de la semana para ellas. Pero hoy el servicio ha sido cancelado. La líder local está enferma. Anna está molesta.

"¿Qué vamos a hacer esta tarde?" Le pregunta a Greta.

"¡No lo sé!" Dice ella.

Entonces las dos, sin decir una palabra más, caminan tranquilamente por la ciudad. Todo el día se les echó a perder. Cuando pasan por la iglesia, Greta se detiene de repente.

"¡Anna, mira hacia allá! El judío de los grandes almacenes, Veilchenblau, va con su Rebecca. ¿Qué es lo que quieren aquí?"

Anna se ríe. "¡Yo lo sé, Greta! Ellos van a ser bautizados hoy".

"¡Oh, Dios mío!" Exclama Greta: "¡Son bautismos extraños! ¡Mira al judío! ¡Piernas torcidas, pies planos! ¡Esa nariz, esa boca, esas orejas, ese pelo! ¿Y quiere ser bautizado?"

"La judía no tiene mejor aspecto", añade Anna, "¡se mueve como un pato! Y su cara, ¡creo que se la robó al diablo!"

Mientras las dos chicas hablaban, los judíos entraron a la iglesia por la puerta principal.

"¡Ahora sé lo que vamos a hacer!" Grita Anna: "¡Vamos a esperar aquí! Me gustaría ver si Veilchenblau y Rebecca se convierten en gentiles a través del bautismo".

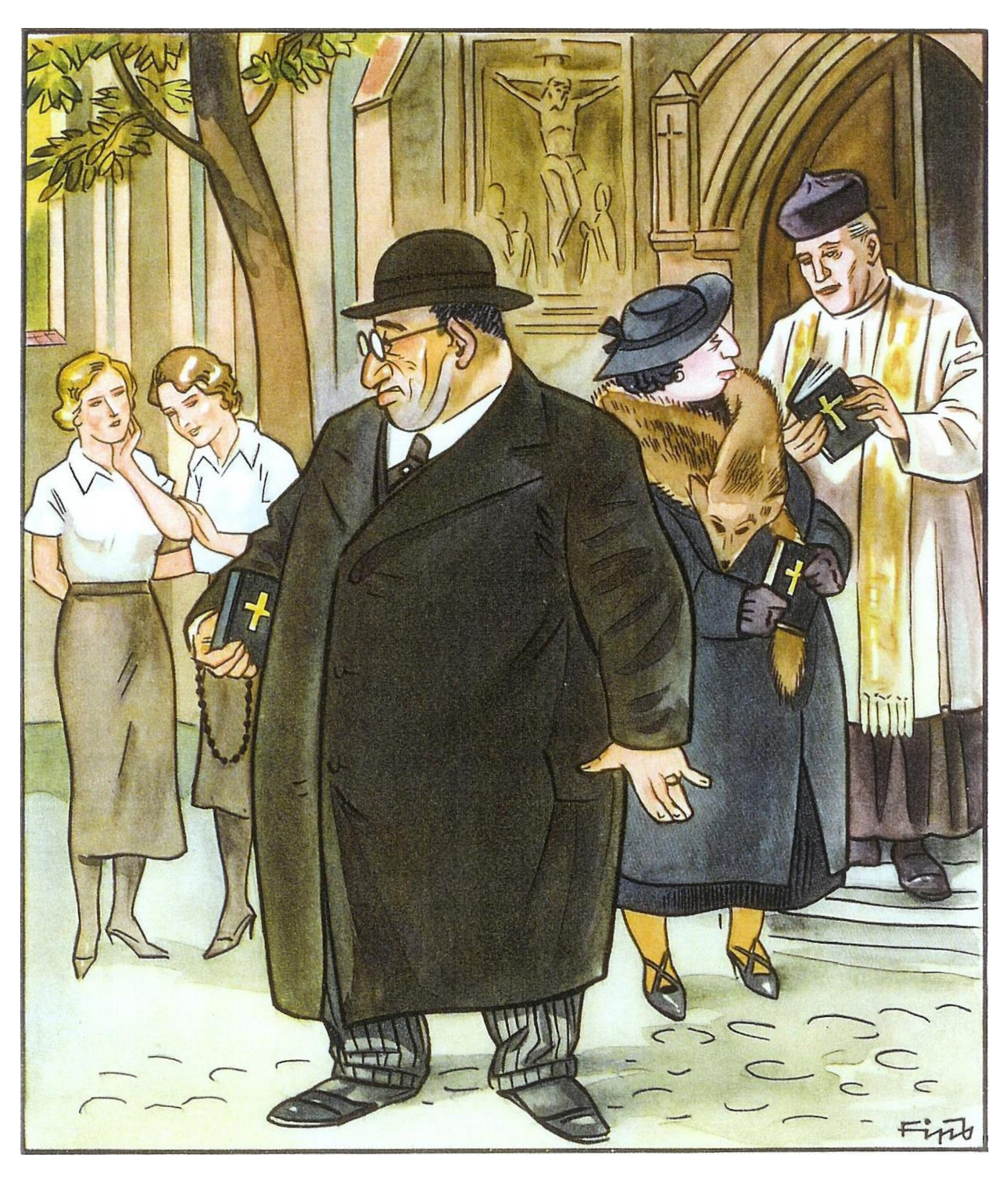
"¡Bien!" dice Greta, "¡esperaremos aquí!"

Y las dos se paran frente a la puerta de la iglesia.

El reloj anuncia la tercera hora de la tarde. En ese momento se abre la puerta de la iglesia. Veilchenblau y su esposa salen. Se despiden del sacerdote. Luego bajan lentamente por las escaleras.

"¿Te parece que los judíos se han convertido en gentiles?" Pregunta Anna.

"¡Nada en absoluto!" Greta susurra: "¡todavía tienen las mismas narices y orejas,



"El bautismo no lo hizo gentil..."

las mismas piernas, los mismos labios, el mismo pelo negro! ¡Y todavía se están bamboleando como solían hacerlo!".

Veilchenblau parece haber oído la conversación de las chicas. Se detiene repentinamente, hace una mueca descarada y las escupe. Luego procede con Rebecca.

"¡Qué vulgaridad! ¡Y ya no quiere ser judío!" Dice Anna.

Y Greta exclama: "El bautismo no lo hizo gentil. Y Rebecca también sigue siendo judía".

Entonces las dos chicas emprendieron el camino de vuelta a casa. Pero sus pensamientos seguían en el bautismo de los judíos.

"Recuerda", dice Anna, "que nuestra líder dijo una vez: 'Así como no se puede convertir a un negro en alemán por el bautismo, ¡tampoco se puede convertir a un judío en gentil'!".

Grete golpea furiosamente el suelo con el pie.

"No entiendo al clero que aún hoy sigue bautizando a los judíos. Al hacerlo, admiten a una chusma criminal en las iglesias".

"Tienes razón", dice Greta, "los judíos, independientemente del bautismo, siguen siendo los mismos arteros que antes. Martín Lutero ya lo ha dicho. Los Papas también lo han dicho. ¡Y Julius Streicher también!"

Anna se detuvo. Y luego dijo seriamente:

"Creo que llegará un momento en que los cristianos maldecirán a los pastores que una vez aceptaron a los judíos en las iglesias cristianas. Porque los judíos sólo quieren destruir las iglesias cristianas. Y las destruirán si nuestro clero sigue admitiendo a los judíos en las iglesias. Hay un dicho:

Si un judío llega aquí
Y quiere que la parroquia lo bautice,
Entonces no confíes en él y detente,
¡Un judío siempre será judío!

El agua bautismal no ayudará,
¡Tampoco hará que el judío sea mejor!
Es un demonio para toda la vida
¡Y eso será para siempre!"

Cómo un campesino alemán fue expulsado de su casa y granja

Es un caluroso día de agosto. El sol brilla sin piedad desde el cielo. No se mueve ni una brisa. El calor es insoportable. Incluso los pájaros que han cantado con tanta alegría han permanecido en silencio y buscan refugio en los arboles del fresco bosque. Sólo el agricultor no tiene paz ni descanso. Es tiempo de cosecha. El granjero Angerbauer siega. Su afilada guadaña corta el grano madurado por el sol, las amapolas rojas y los acianos azules.

Detrás se encuentra otro agricultor con su esposa. Y hay alguien más con ellos. Es el judío Rosenfeld. Tiene una gran barriga. Sus piernas están torcidas. Y su gruesa nariz también está torcida. Le habla vigorosamente al granjero. Deambulando con sus manos. Y hace tanto calor que el sudor le sale de la frente.

El granjero de enfrente no se preocupa por los tres. Sigue trabajando diligentemente. Entonces llega su hijo Paul, de 11 años. Le trae a su padre una jarra de agua fresca. También lleva pan con él. Asombrado, mira al judío. "Padre, ¿qué quiere Rosenfeld del vecino?" Pregunta el niño.

El padre no parece haber escuchado la pregunta y sigue trabajando. Pero de repente comienza a hablar:

"¡Es una desgracia terrible! ¡Cuántas veces he advertido a los campesinos! Cuántas veces le dije: ¡Heiner, no hagas negocios con judíos! Pero no me escuchó. Se involucró con el judío Rosenfeld. Hizo negocios de ganado con él. Más tarde le pidió dinero prestado. Firmó letras de cambio. Y eso era lo peor que podía hacer. El judío es usurero. Engañó terriblemente a los campesinos. Y ahora, de repente, quiere que le devuelva todo su dinero. Pero el agricultor no puede pagar todo de una vez. Y ahora el judío quiere subastar su granja. Mañana vendrá el alguacil. ¡El granjero, su esposa y sus siete hijos serán expulsados de su casa y granja!"

Eso es lo que dijo el granjero.

El pequeño Paul está conmocionado. Sus ojos brillan con ira.

"¡Qué judío tan malo!", dice. Luego se queda un rato en silencio. Mira al judío con desprecio. Le hubiera encantado golpearle la cabeza con su jarra de agua. ¿Pero, qué podía hacer el hombrecito? Eso no ayudaría a su vecino.

"Padre, cuando crezca y tenga mi propia granja, siempre recordare a nuestro vecino. Y ningún judío entrará nunca en mi casa. Escribiré en la puerta: ¡Judíos Prohibidos! Y si un judío se atreve a entrar, lo echaré de inmediato".

Angerbauer asiente con la cabeza.

"¡Tienes razón, Paul! No puedes involucrarte con un judío en absoluto. El judío sólo quiere engañarnos. El judío quiere quitarnos todo lo que poseemos. ¡Todo granjero debe recordarlo!"

"Sí", dice el pequeño Paul, "y siempre recordaré el refrán que el maestro nos dijo ayer en la escuela:

El granjero le reza al Señor:
Oh, mantén el granizo alejado de nosotros,
Protéjanos de los rayos y las inundaciones,
Entonces la cosecha volverá a ser buena.

Pero peor que estos males,
¡Nunca olvides, es el judío!
Estáis advertidos: tened cuidado
¡Cuidado con los judíos!"



"Padre, cuando tenga mi propia granja, no dejare entrar a ningún judío a mi casa..."

Cómo engañan los comerciantes judíos

¡La jornada laboral ha terminado! El salón de la granja está limpio como una patena. Mientras los niños siguen saltando alegremente afuera, la joven esposa del granjero está preparando la cena. Entonces la puerta se abre. Un hombre entra. ¡Es un judío! La esposa del granjero lo conoce. Es Levy. Su primer nombre es Samuel. Como vendedor ambulante, va de pueblo en pueblo, de casa en casa. A la esposa del granjero le hubiera encantado mostrarle la salida de inmediato. Pero Levy es un verdadero judío. Es tan descarado e intrusivo que una mujer apenas puede rechazarlo.

"¡Salud, granjera!", Dice el judío y coloca su maleta sobre la mesa. Antes de que la mujer del granjero haya contestado, el judío desempaca. Y entonces empieza a hablar: "¡Bueno, aquí estoy otra vez! ¡Qué buen tiempo estamos teniendo hoy! ¿Y usted cómo está, esposa del granjero? ¿Cómo están los niños? ¡Qué chicos y chicas tan espléndidos! ¡Acabo de verlos jugar! ¡Felicitaciones! Pero ahora lo principal. Hoy le he traído algo bueno. ¡Grandiosas mercancías! ¡Muy barato! ¡Excelente lencería, grandes medias, gran hilo de coser, seda excelente! ¡Lo que tu corazón desea, Levy lo tiene a la venta!"

La mujer del granjero se niega. Una vez le compró a Levy y fue severamente engañada. "Grandes bienes" eran solo basura. La mujer del granjero no quiere dejar que el judío la estafe por segunda vez. "No voy a comprar nada más de usted", le dice a Levy y le da la espalda.

Pero el judío no se rinde.

"Señora de la granja, hoy tengo algo muy especial para usted. ¡Mire esta tela! ¡Simplemente maravillosa! ¡Lana pura! ¡Este será un vestido para usted, se verá como una Baronesa con él, como una Princesa, como una Reina! ¡Y barato, se lo aseguro! ¡No se puede comprar un vestido tan barato en ningún sitio! ¡Pero le doy mi palabra de honor de que lo pagaré! Si, puedes creerme. ¡Cómo eres esposa de un granjero te lo dejaré bien barato! ¡Deberías ver que Levy es un hombre honesto!"

Pero la campesina conoce demasiado bien al judío. Sabe que todo lo que dice el judío es mentira. Sabe que la tela que el judío quiere vender es basura. Ella sabe que el judío no paga por ello, sino que gana mucho dinero. Y como sabe todo esto, no se traga las mentiras de Levy.

"No te compraré nada", dice la mujer, y se marcha.

El judío empaca sus cosas. Maldiciendo, deja la granja. Afuera, mira a la izquierda y a la derecha. Cuando está solo, habla en voz alta consigo mismo.

"La campesina notó algo. ¡Se dio cuenta de que quería engañarla! Es una lástima. No podré hacer más negocios con ella. Pero, gracias a Dios, todavía hay otros campesinos alrededor. Voy por ellos. ¡Y ganaré una buena cantidad de dinero!"

Unos minutos más tarde, el judío Levy se encuentra en la casa de otro granjero. Y está mintiendo descaradamente de nuevo. Una vez más alaba sus bienes como los "mejores y más baratos" que existen. ¡Ay de la mujer que se deje engañar por su charla! Le ocurrirá lo mismo que a la esposa del granjero y a muchos otros que se involucraron con los judíos. Como dice el viejo refrán:

El vendedor ambulante judío
Es un tramposo y un seductor.
Está mintiendo descaradamente,
Y el precio lo pagas tú.

Muchos ya lo han experimentado.
Si quieres protegerte de los daños,
Entonces no dejes entrar al judío
Y compra al mercader alemán.



"Señora de la granja, hoy tengo algo especial para usted. ¡Mire esta tela! Este será un vestido para usted, un vestido en el que se verá como una baronesa, como una reina..."

La experiencia de Hans y Else con un hombre extraño

Hans y Else son hermanos. Pero mirándolos uno no diría eso. Hans tiene el cabello castaño como su padre. Else tiene el cabello rubio como su madre. También por lo demás los dos son muy diferentes. A Else le gusta jugar con muñecas y comer dulces. Bueno, ¡es una niña! Hans es un niño de verdad. Juega al futbol con latas en la calle. Pero le gusta aún más montar a caballo. ¡Cabalgar en un caballo de verdad! Hace poco, el cochero de la casa vecina lo subió a su caballo gris. ¡Oh, eso estuvo bien! Y para que Hans sea un gran jinete se hizo una fusta de una rama de abeto. La gente dice que se parece más a un bastón de un criador de gansos que a la fusta de un jinete. Pero no importa porque a Hans le gusta.

Hans solía salir a pasear con su hermana. Pero hace unas semanas, dejó de hacerlo. Su amigo Michel había dicho:

"Si siempre andas con tu hermana, entonces no eres un chico de verdad, sino un chico que se deja llevar por las chicas. ¡Y no queremos tener nada que ver con una chica complaciente!"

Dicho esto Michel. Al principio, Hans estaba enfadado con Michel. Pero luego se dijo a sí mismo:

"Michel tiene razón. ¡Si! Los chicos deben estar junto. Y una niña así no puede jugar fútbol ni montar a caballo".

Hans no salió con su hermana durante toda la semana. Pero desde ayer se le ve junto a ella más a menudo. Y hay una razón especial para ello. Else comenzó a tener muchos dulces, Hans se pregunta de dónde vienen.

"¿De dónde sacaste estos dulces?", Le pregunta a su hermana.

Pero al principio no quiso contestarle.

"Me los dio un hombre extraño. ¡Pero no se lo digas a mamá! ¡El hombre me lo prohibió estrictamente!"

Ahora Hans sintió curiosidad.

"¿Puedo conseguirlos yo también?"

Else rio. "¡Por supuesto! ¡Sólo tienes que ir a la calle Afergasse! Ahi es donde el hombre extraño siempre está caminando"

Hans aplaudió. "¡Bien, iré contigo!"

Luego tomó a su hermana de la mano y se fue con ella.

Frente a la casa del carbonero Schulz habia un hombre gordo. Llevaba un abrigo oscuro y un bastón en el brazo. Unas gafas azules ocultaban sus ojos. Hans nunca habia visto a ese hombre antes. Se volvió desconfiado y se detuvo. Pero Else dijo:

"Todavia tienes que venir conmigo si quieres conseguir algunos dulces".

Y Hans cedió.

El hombre sonrió por toda su cara mientras los niños se paraban frente a él. Luego se metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsa de caramelos. "¡Están aquí, pequeños y amados niños!"

Hans pensaba. "¡Qué voz tan extraña tiene este hombre! ¡Habla por la nariz! ¡Por su nariz grande y redondeada! ¡Puede que sea judio!

Entonces el hombre metió la mano en la bolsa.

"¡Aquí, niños, tengo algo bueno para ustedes, algo dulce! ¡Pero para eso tienen que venir conmigo! ¡Déjenme enseñarles algo muy bonito! Algo maravilloso".

Hans dudó. Entonces Else quiso agarrar los dulces. Hans la detuvo. Pensó: "¿Qué quiere este tipo de nosotros? ¿Por qué tenemos que ir con él?" De repente, un gran temor se apodera de él.

"¡Eres un judio!" gritó. Y entonces agarró a su hermana y huyó con ella tan rápido como sus piernas pueden correr. En la esquina de la calle se encuentra con un policía. Hans le contó su historia rápidamente. El policia se subió inmediatamente a su motocicleta y pronto alcanza al hombre extraño. Lo esposó y lo llevó a la cárcel.

Un dia después, el policia se presentó en el apartamento de los padres de los niños. Habló con su padre y su madre durante mucho tiempo. Luego llamó a Hans. Y él dijo:

"¡Querido Hans! ¡Eres un chico bueno y valiente! Si no hubiera sido por ti, no habriamos atrapado a ese judio, a quien hemos estado buscando durante tanto tiempo. Ese judio ha secuestrado a muchos niños. ¡Si hubieras ido con tu

hermana, podrían haber sido miserables por el resto de su vida, o incluso estarían muertos!"

Hans entendió lo que el policía quería decir. Y estaba orgulloso de los elogios. Si un policía dijo eso, tenía que ser verdad. Cuando volvió a estar solo con sus padres, su madre sacó una gran tableta de chocolate.

"Hans, mi querido Hans, te doy esto como regalo. ¡Puedes tomarlo!"

Hans saltó de alegría y quiso tomar el chocolate. Pero mamá no lo permitió.

"¡Paciencia, hijo mío! Primero quiero contarte un verso, querido Hans. ¡Debes aprender este verso de memoria! ¡Y debes recordarlo toda tu vida!"

¿Qué es lo que dice el verso?" Preguntó Hans. Mamá dijo:

"Un diablo camina por la tierra,
Es el judío, que todos conocemos.
Como un genocida y corruptor racial,
¡El terror de los niños en todos los países!

Quiere arruinar a nuestra juventud,
Quiere que todos los pueblos mueran.
Nunca tengas nada que ver con un judío,
¡Entonces serás feliz y afortunado!"



"¡Aquí, pequeños, tomen unos caramelos! Pero para eso ambos tienen que venir conmigo..."

La visita de Inge al doctor judío

Inge está enferma. Lleva varios días con un poco de fiebre y dolor de cabeza. Pero Inge no quería ir al médico.

"¿Por qué ir al médico por tal nimiedad?" dijo una y otra vez cuando su madre se lo sugería y advertía. Finalmente, su madre insistió.

"¡Marcha! ¡Ve al doctor Bernstein y deja que te examine!" Su madre le ordenó.

"¿Por qué el Dr. Bernstein? ¡Es un judío! Y ninguna chica alemana va a ver a un judío", contestó Inge.

Su madre se rio.

¡No digas tonterías! Los médicos judíos están bien. Siempre están hablando tonterías en sus reuniones de la BDM. ¿Qué saben esas chicas?

Inge protestó.

"Madre, puedes decir muchas cosas, pero no puedes calumniar a la BDM. Debes saber que nosotras, la Liga de Chicas Alemanas, entendemos la cuestión judía mejor que muchos de nuestros padres. Nuestra Líder de Chicas da una pequeña charla sobre los judíos casi todas las semanas. Hace poco dijo: ¡Un alemán no puede ir a un médico judío! ¡Y una chica alemana menos aún! Porque los judíos quieren destruir al pueblo Alemán. ¡Muchas chicas que acudieron a un médico judío para curarse encontraron en cambio enfermedad y vergüenza! Eso es lo que dijo nuestra Líder de Chicas, madre. ¡Y tiene razón!"

Su madre se impacientó.

"Siempre crees que sabes más que los adultos. Lo que dices no es verdad. Mira, Inge, conozco bien al Dr. Bernstein. Es un buen médico".

"¡Pero es judío! ¡Y los judíos son nuestros enemigos mortales!" Contestó Inge.

Pero ahora su madre se enfadó mucho.

"¡Ya basta, niña descarada! ¡Vas con el Dr. Bernstein ahora mismo! ¡Si no lo haces, te enseñaré a obedecerme!" Su madre gritó y levantó la mano.

Inge no quería ser desobediente y fue. Fue al médico judío Bernstein. Inge se sentó en la sala de espera del médico judío. Tuvo que esperar mucho tiempo. Hojea las revistas que están sobre la mesa. Pero está demasiado nerviosa para poder leer más que unos pocos renglones. Una y otra vez piensa en la conversación

con su madre. Y una y otra vez recuerda la advertencia de su líder de la Liga de Chicas Alemanas: "¡Un alemán no puede ir a un médico judío! ¡Y una chica alemana menos aún! Porque los judíos quieren destruir al pueblo Alemán ¡Muchas chicas que acudieron a un médico judío para curarse encontraron en cambio enfermedad y vergüenza!"

Cuando Inge entró en la sala de espera, tuvo una extraña experiencia. Desde la sala del médico venían gritos. Oyó la voz de una niña:

"¡Doctor! ¡Doctor! ¡Déjame en paz!"

Entonces oyó la risa burlona de un hombre. Entonces, de repente, todo estaba muy tranquilo. Inge había escuchado sin aliento.

¿Qué significa todo eso? se preguntó, y su corazón latía rápidamente. Una vez más, pensó en las advertencias de su líder de la BDM. Inge lleva una hora esperando. De nuevo toma una revista y trata de leer. Entonces la puerta se abre. Inge mira hacia arriba. El judío aparece. Un grito viene de la boca de Inge. Aterrorizada, deja caer el periódico. Horrorizada, se levanta de un salto. Sus ojos miran fijamente el rostro del médico judío. Y este rostro es el rostro del diablo. En medio de esta cara diabólica se encuentra una enorme nariz torcida. Detrás de las gafas hay dos ojos criminales. Y una sonrisa recorre los labios carnosos. Una sonrisa que quiere decir: "¡Por fin te tengo, pequeña alemana!"

El judío se acerca a ella. Sus gordos dedos tratan de agarrarla. Pero ahora Inge se ha recuperado. Antes de que el judío pueda agarrarla, golpea la gorda cara del médico judío. Luego salta hacia a la puerta. Sin aliento, Inge baja corriendo las escaleras. Sin aliento, sale corriendo de la casa judía.

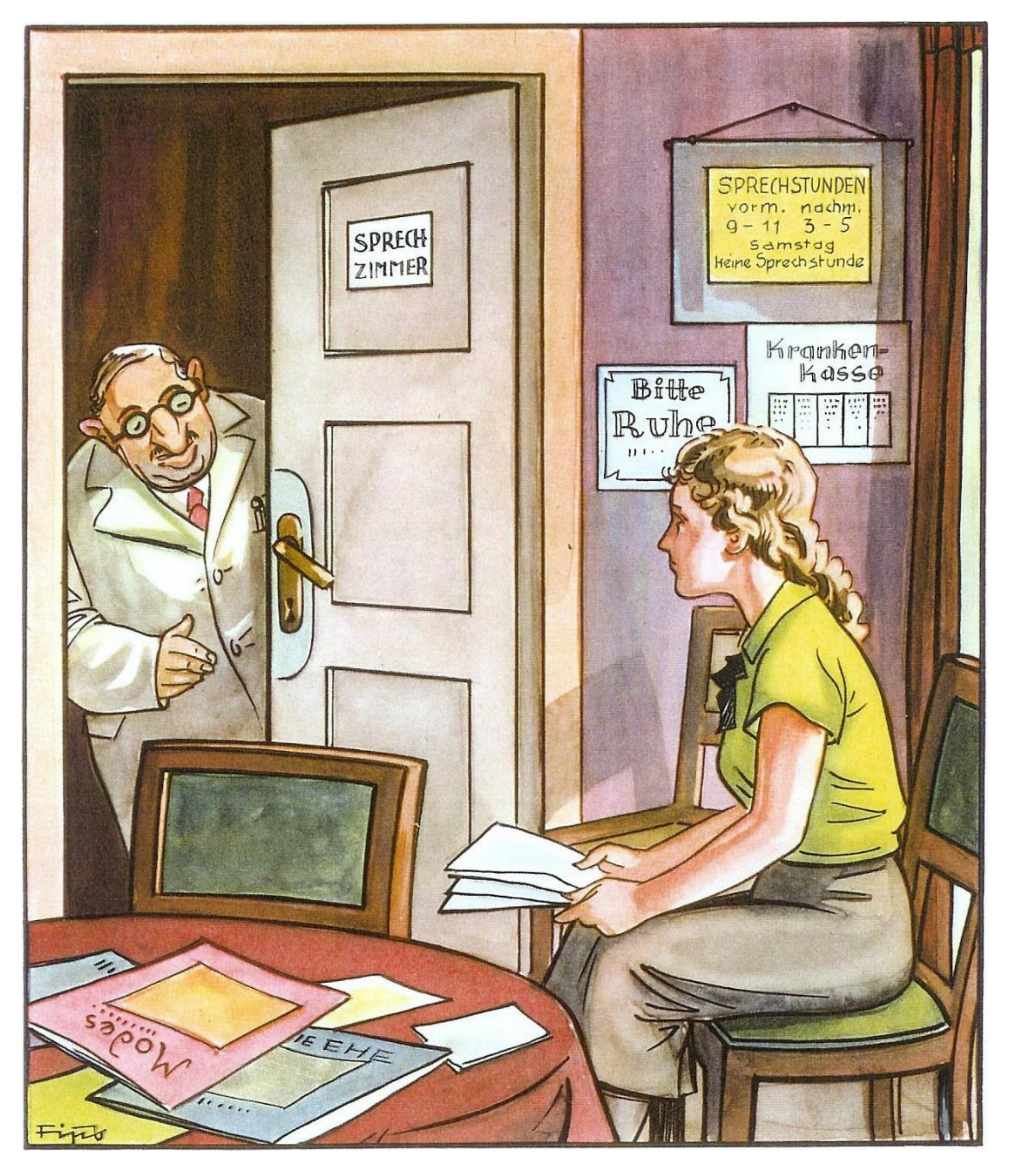
Sollozando, regresa a su casa. Su madre se sorprende al ver a su hija.

"¡Por el amor de Dios, Inge! ¿Qué ha pasado?"

Pasa mucho tiempo antes de que la niña pueda decir algo. Finalmente, Inge cuenta su experiencia con el médico judío. Su madre escucha con horror. Y cuando Inge termina su historia, su madre baja la cabeza avergonzada.

"Inge, no debería haberte enviado a un médico judío. Cuando te fuiste, me arrepentí. No podía relajarme. Quería llamarte de inmediato. De repente sospeché que tenías razón. Sospechaba que algo te iba a pasar. Pero estás bien. ¡Gracias a Dios!"

Su madre trata de ocultar sus lágrimas.



"Dos ojos criminales brillan detrás de las gafas y una sonrisa recorre los labios carnosos".

Poco a poco Inge se calma. Vuelve a sonreír. "Madre, has hecho mucho por mí. Te lo agradezco. Pero tienes que prometerme una cosa: sobre la BDM..."

Su madre no la deja terminar.

"Sé lo que quieres decir, Inge. Te lo prometo. Estoy descubriendo que uno puede aprender incluso de ustedes, los niños".

Inge asiente con la cabeza.

"Tienes razón, madre. Nosotras, las chicas de la BDM, sabemos lo que queremos, aunque no siempre nos entiendan completamente. Madre, solías enseñarme muchos refranes. Hoy quiero darte un refrán para que aprendas". Y lenta y significativamente Inge dice:

El médico judío en la tierra alemana
El diablo lo envió aquí.
Como un demonio que profana
La mujer alemana, el honor alemán.

El pueblo alemán no se recuperara,
Si no encuentra pronto el camino
Al arte curativo alemán, al sentido alemán,
De ahora en adelante al médico alemán".

Así es como el judío trata a sus empleados

El viejo molinero Böhm y su esposa están muy preocupados y ansiosos. Hace cuatro semanas, su única hija, Rosa, de 23 años, se fue de casa. Quería buscar un trabajo de criada. Una oficina intermediaria de Viena había escrito que tenían un lugar para ofrecer. Sólo debería ir a Viena. Rosa empacó sus pertenencias y se fue a Viena en el siguiente tren. Desde entonces, los padres no han vuelto a saber nada de su hija. A pesar de que prometió escribir con diligencia, ni siquiera habían recibido una postal de ella.

"¡A Rosa no le ha pasado nada malo!", le dice la señora Böhm a su marido.

El viejo solo se encoge de hombros y murmura algo entre su barba. Pero en ese momento, llaman a la puerta. La señora Böhm se apresura a llegar. El cartero les deja una carta.

"¡Rosa nos escribió!" se alegra la anciana, saltando hacia su marido como una niña. Tiene una carta en la mano. Temblando de emoción, toma una horquilla y abre el sobre

"¡Padre, encuentra mis gafas! ¡Debo haberlas perdido otra vez!"

El molinero se ríe.

"¡Pero madre, tienes las gafas sobre la nariz! Ahora la esposa del molinero también se ríe. Rápidamente despliega la carta y comienza a leer.

Cuanto más tiempo lee la madre, más seria, más pálida se vuelve. El viejo molinero se da cuenta de eso.

"¿Qué pasa, madre? Déjame ver lo que ha escrito Rosa".

Él toma la carta de su mano y la lee en voz alta:

"¡Mis queridos y buenos padres!

Debí haberles escrito hace mucho tiempo pero no quería preocuparlos. No quería que tuvieran miedo por mí. Pero ahora debo contarles todo. No hay otra manera.

Cuando llegué a Viena, un hombre me esperaba en la estación, se quitó el sombrero y fue muy amable conmigo. Pero noté de inmediato que era judío. Me llevó a la oficina de la agencia. Allí tuve que pagar dinero de inmediato. Luego tuve que esperar tres días. Me moría de hambre para al menos poder pagar mi estadía nocturna. Cuando volví a la oficina, el judío me dio un boleto de viaje —

Inglaterra. Hay una vacante para mí, dijo. Desgraciadamente no había encontrado otra. Tuve que firmar de nuevo que le debía dinero al judío, y luego me llevó al tren. Durante dos días y dos noches tuve que viajar. Mientras viajaba a través de la hermosa Alemania, pasando por Regensburg, Núremberg, Würzburg, Frankfurt, Mainz, Köln y Aquisgrán, sentí como si una voz me gritara: '¡No te vayas! ¡Quédate en Alemania!'

Aborde un barco de vapor de Ostende a Dover. Hubo una tormenta y muchos viajeros se marearon. Echaba de menos mi casa antes de pisar suelo inglés.

En Londres, tuve que volver a una agencia judía. Y nuevamente tuve que firmar, que les debo una gran suma a los judíos por sus esfuerzos. Sólo entonces llegué con mis empleadores. ¡Nuevamente eran judíos! Me pagaban muy poco. Pero tenía que trabajar desde la primera hora de la mañana hasta última hora de la noche. Nada me fue dado para comer. La judía me trató como si fuera ganado. Era insultada constantemente.

'¡Estúpida goya! ¡Eres un animal estúpido! ¡Eres una floja!'. Insultos que la judía me lanzaba una y otra vez, por muy trabajadora que fuera y por mucho que me esforzara. Especialmente el viejo judío y sus dos hijos no me dieron respiro. Día y noche me explotaron. Un día incluso quisieron romper la puerta cerrada con llave de mi habitación. Sí, queridos padres, fue una época terrible. Durante catorce días lo toleré. Pero entonces no pude más. En mi desesperación quería envenenarme con gas. En el momento justo, una amabilidad me salvó. Por casualidad conocí a la esposa de un comerciante alemán que había venido a Londres con su marido. Y esas amables personas me ayudaron. Pagaron lo que les debía a los judíos. Me liberaron de la esclavitud. Incluso me compraron un boleto de regreso.

Y pasado mañana, mis queridos padres, pasado mañana, ¡estaré de nuevo con vosotros! ¡No puedo decir lo feliz que estoy! Cuento las horas, cuento los minutos y los segundos, hasta que finalmente, finalmente, regrese con vosotros.

Sí, mis queridos y buenos padres, tuve que pasar por muchas cosas en estos días. Pero también aprendí mucho. Llegué a conocer al judío por lo que es. El judío es un demonio. Odiaré a ese demonio mientras viva. Y siempre recordaré el dicho que escuché ayer:



"Un hombre me esperaba en la estación de tren. Se quitó el sombrero y fue muy amable conmigo. Pero noté de inmediato que era judío..."

Mujer alemana, grande o pequeña
Para los judíos, solo será 'goya'.
El la odia y la desvirtúa
La trata peor que al ganado.

Cuando una chica quiere mantenerse pura,
No debe trabajar con judíos.
Si quiere sobrevivir en la lucha por la vida,
Entonces no debe involucrarse con judíos.

¡Pero ahora, queridos padres, no se preocupen más por mí! ¡Pasado mañana, pasado mañana estaré con vosotros otra vez!

Su corazón
Rosa".

Cómo dos mujeres fueron engañadas por abogados judíos

La Sra. Eckert y la Sra. Kraus viven en el mismo edificio. La señora Eckert tiene un hijo y también la señora Kraus. El pequeño Eckert tiene 10 años y el pequeño Kraus 9. Pero ambos se llaman Willi. Willi Eckert y Willi Kraus.

Las dos mujeres han sido vecinas durante siete años. En estos siete años no ha habido ni una sola discusión. Durante siete años, la Sra. Eckert y la Sra. Kraus convivieron tranquilamente y siempre se mantuvieron unidas.

Pero algo malo sucedió esta mañana. La larga amistad de las mujeres se desmoronó de repente. Y sucedió así:

Los dos Willi jugaban a los soldados. Willi Eckert realizó un asalto a la "fortaleza", que el otro Willi defendía. El pequeño Eckert estaba tan entusiasmado que ni siquiera se dio cuenta de cómo golpeaba al otro Willi en la cabeza con su "espada", un fino palo de avellana. Pero el otro Willi tampoco era perezoso y golpeó al "enemigo" con un golpe de puño, haciendo que comenzara a correr sangre por su nariz. Por cierto, las dos mujeres habían observado desde sus apartamentos. Conmocionadas, bajaron corriendo al patio.

"¡Su Willi es un verdadero bribón!" Gritó la señora Kraus.

"¡Y tu Willi es mucho peor! ¡Dejó sangrando al mío!" Gritó la señora Eckert.

Pero ambos chicos acababan de hacer las paces. Los niños alemanes pueden soportar unos golpes. No son llorones. Pero sin importar esto, ambas madres discuten aún más. Y finalmente se insultaron mutuamente. La señora Kraus insultó a la señora Eckert y la señora Eckert insultó a la señora Kraus.

"¡Eres una pomposa!", Gritó la señora Kraus.

"¡Eres una gansa estúpida!" Gritó la señora Eckert.

Esa misma tarde, la Sra. Kraus fue a ver a un abogado para demandar a su vecina por insultarla. El abogado era Silberstein, un judío.

"¡Tienes toda la razón!", dijo el judío. "Vamos a denunciar a la Sra. Eckert ante el tribunal. ¡Ciertamente será condenada! ¡Puede confiar en ello! Y entonces la Sra. Kraus tuvo que darle al abogado 50 marcos de adelanto.

"Recuperará su dinero", dijo Silberstein, "la señora Eckert tendrá que pagar eso y mucho más, porque será declarada culpable por el tribunal".

Al mismo tiempo, la Sra. Eckert también acudió al abogado para demandar a su vecina por insultarla. El nombre del abogado era Morgenthau. También era judío.

"Tiene razón", dijo el judío, "vamos a denunciar a la Sra. Kraus ante el tribunal. ¡Ciertamente será condenada! ¡Puede confiar en ello!" Y entonces la Sra. Eckert tuvo que hacer un prepago de 50 marcos.

"Usted recuperará su dinero de vuelta", dijo Morgenthau, "porque la señora Kraus tendrá que pagar eso y mucho más, ¡porque será declarada culpable por el tribunal!"

Han pasado seis semanas desde aquel día. Y cada semana las mujeres tenían que pagar un nuevo adelanto sus abogados judíos.

Finalmente, se ha fijado la fecha de la audiencia. Ambas mujeres se sientan en la corte. La Sra. Kraus también trajo a su Willi con ella.

Primero, el abogado judío Silberstein habla. Él dice:

"¡La Sra. Eckert es culpable! ¡Ella debe pagar la multa!"

Luego viene la palabra del abogado judío Morgenthau. Él dice:

"La señora Kraus es culpable. ¡Ella debe pagar la multa!"

Finalmente, el tribunal pronuncia su veredicto. Se lee:

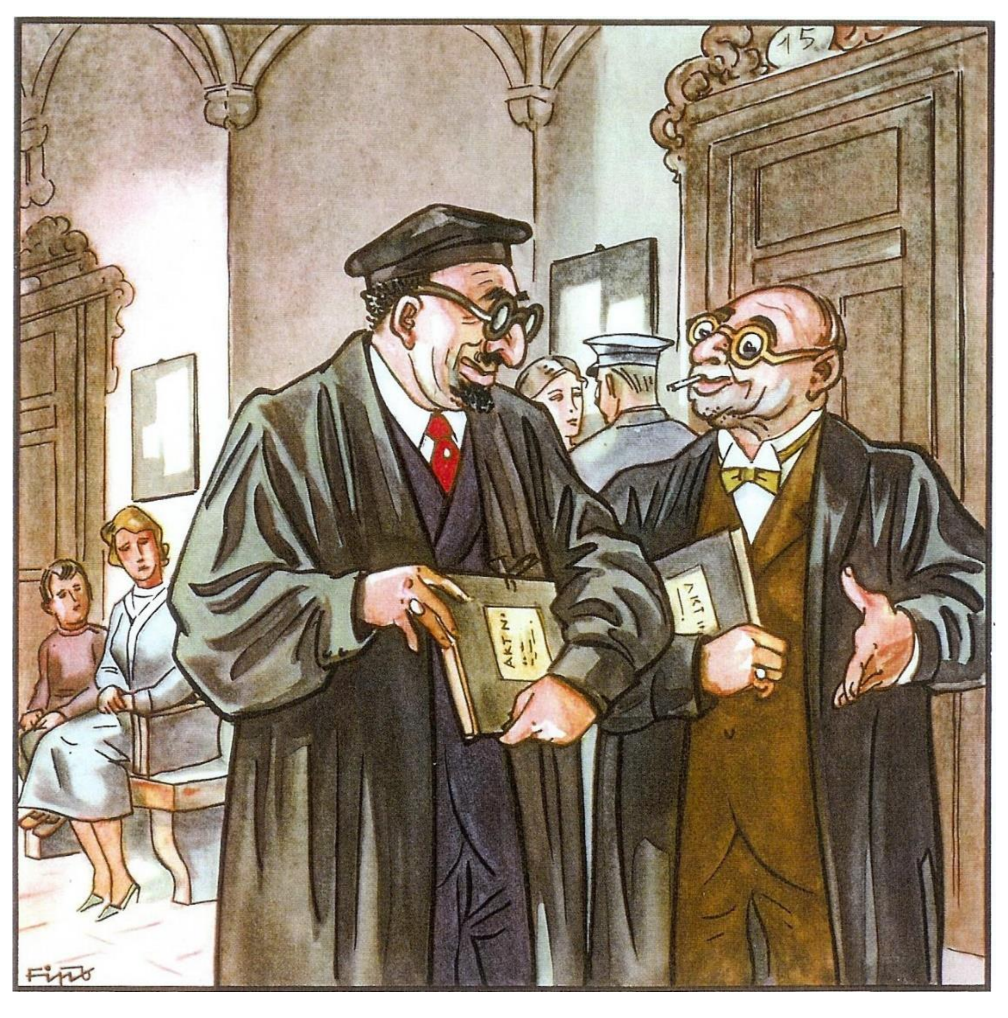
"¡Ambas mujeres son culpables! ¡Ambas deben pagar!"

La Sra. Kraus está sorprendida. Y también lo está la señora Eckert. Pero los dos abogados judíos permanecen juntos en la sala y se ríen. ¡Silberstein a la izquierda y Morgenthau a la derecha!

"Bueno, colega Morgenthau, ambos hicimos un buen negocio de nuevo. Dice Silberstein y se frota las manos. Morgenthau responde:

"¡Maravilloso, colega Silberstein! ¡Le hemos sacado a esas dos goyas su hermoso dinero, y podemos meterlo en nuestro saco!"

El juicio ha terminado. La Sra. Eckert sale lentamente del juzgado. A la salida se encuentra accidentalmente con la señora Kraus. Las dos mujeres se miran durante mucho tiempo. Y luego caminan una hacia la otra y se dan la mano.



"Bueno, colega Morgenthau, ambos hicimos un buen negocio de nuevo".
"¡Maravilloso, colega Silberstein! Le hemos sacado a esas dos goyas su precioso dinero, y podemos meterlo en nuestro saco".

"Podríamos habernos ahorrado esto", dice la señora Kraus.

"Sí", dice la Sra. Eckert, "no deberíamos haber discutido. Ahora ambas fuimos engañadas. Y el dinero lo ganaron los abogados judíos".

La señora Kraus tiene lágrimas en los ojos. Sin embargo, sonríe.

"Querida señora Eckert, que lo que hemos experimentado sea una advertencia. No debemos pelear de nuevo. Pero, sobre todo, nunca debemos volver a ir con abogados judíos. Solo quieren quitarnos todas nuestras posesiones".

La Sra. Eckert asiente con la cabeza.

"Sí, querida señora Kraus, debemos ser buenas amigas otra vez. Y tenemos que recordar este verso toda nuestra vida:

El abogado judío
No tiene deseos de justicia
Solo va a la corte,
Por la perspectiva de dinero.

Ya sea que la gente valiente y buena
Se desgaste y sangre,
Deja al judío completamente frío.
¡Nunca vayas a un abogado judío!"

Cómo los judios torturan a los animales

Kurt y Otto tuvieron una discusión entre ellos.

"¡Estás mintiendo!" Dijo Otto. "No creo que los judíos torturen animales, como dices. No creo que los judíos simplemente corten las gargantas de los animales y los dejen desangrarse lentamente hasta morir mientras están completamente conscientes. Eso no puede ser así. ¡Estás mintiendo, Kurt!"

Eso fue lo que dijo Otto, y Kurt se enojó. Pero no le importaba. Solo dijo:

"¡Muy bien, Otto, te demostraré que no soy un mentiroso!"

Han pasado tres semanas desde la conversación. Hoy los chicos vuelven a estar juntos. "Otto, te mostraré que los judíos son las peores personas del mundo. ¡Ven conmigo!".

Con estas palabras, Kurt agarra a Otto por el brazo y lo lleva con él. Cruzan y recorren las calles de la ciudad. Finalmente llegan al matadero judío. Kurt susurra:

"¡Ahora escúchame! ¡Vamos a subir por encima de la pared! ¡Pero ten cuidado para que nadie nos vea!"

Los chicos trepan por el muro. Se deslizan cautelosamente de la pared. Ahora están de pie frente al matadero. A través de una ventana sucia y escalofriante, miran la sala de matanza.

Dentro hay tres judíos. Llevan delantales ensangrentados. Acaban de atar a una vaca. La vaca tiene un pelaje castaño con destellos rojos y manchas blancas. Cuando la vaca no quiere avanzar, los judíos la golpean con una bota con clavos. Finalmente, el animal se sitúa en medio de la habitación. La atan con cadenas y cuerdas unidas a un cabrestante. Ahora giran el cabestrante. El animal cae de plano contra el suelo de piedra. "¡Muh-muh-muh!", llora con gran dolor. Y en sus ojos hay un terrible temor a la muerte por venir.

"¡Es horrible!", Susurra Kurt.

Otto no le hace caso. Sólo pone un dedo en su boca y dice: "¡shh!" Luego miran hacia la sala de la matanza.

Los judíos le dieron la espalda a la vaca.



"De nuevo el animal cae al suelo. Está muriendo lentamente.
Pero los judios se quedan parados y se ríen".

Otro judío se acerca. Parece un demonio. En su mano tiene un cuchillo largo y afilado. Está sonriendo. Mira qué alegría le ofrece matar al pobre animal. Agarra el cuello de la vaca. Y luego le corta la garganta.

Otto está terriblemente conmocionado.

"¡Dios todopoderoso!" grita. Y entonces ve cómo la sangre se derrama de la herida del animal. ¡Ve como el animal trata de levantarse! ¡Cómo salta y luego se derrumba de nuevo! ¡Cómo patea con las piernas! ¡Escucha los gritos del animal! Y entonces, el judío le corta la garganta una vez más. Y de nuevo, la sangre se derrama. Y de nuevo, el animal intenta levantarse. Esto se prolonga durante minutos. De nuevo el animal cae al suelo. Está muriendo lentamente. Pero los judíos se quedan parados y se ríen.

Otto ya no puede mirar más. Se escapa, sube por la pared y se queda sin aliento en la calle. Kurt lo sigue. Se asusta al ver el rostro pálido de su amigo. En silencio, los chicos regresan a casa. Se detienen frente al apartamento de Otto.

"¡Kurt, ahora te creo! No me mentiste. Los judíos son los humanos más horribles de la Tierra".

Eso dice Otto. Y Kurt responde:

"Sí, los judíos son un pueblo asesino. Con la misma brutalidad y la misma sed de sangre con que matan a los animales, también matan a las personas. ¿Has oído hablar de los asesinatos rituales? En tales ocasiones los judíos matan a niños y niñas, hombres y mujeres. Desde el principio los judíos han sido asesinos. Son demonios con forma humana. Hay un dicho:

Ira, envidia, odio y rabia
Están en la sangre del judío,
Contra todas las naciones del mundo entero,
Los que no están entre los "elegidos".

Mata a los animales y a las personas,
¡Su sed de sangre no tiene límites!
El mundo, sólo se recuperara,
¡Cuando se deshaga del judío para siempre!"

Lo que Cristo dijo sobre los judíos

Una madre había estado en el campo con sus tres hijos. Fue a cortar hierba fresca para las cabras que esperaban comida en el establo de su casa. Su pequeña hija Gertrud había estado cuidando a su hermanito en el cochecito mientras Georg había salido a buscar bayas en el bosque cercano. Ya terminaron. Poco a poco regresan a casa.

Georg se dirige a su madre.

"Mamá, antes nos contaste sobre los judíos. Y dijiste que no sólo hoy en día mucha gente odia a los judíos, sino que también ha habido opositores de los judíos desde hace miles de años.

"Sí, hijo mío", dice la madre, "han habido opositores de los judíos desde que existen los judíos. Los judíos siempre han sido ladrones y criminales. Antes mentían, engañaban y robaban como lo hacen hoy en día. Así que no es de extrañar que los judíos siempre hayan tenido enemigos. Y en el futuro no será diferente".

"Lo entiendo", dice Gertrud, "pero una cosa no me quedó claro, madre, tienes que explicarme. Leí en un libro que los judíos fueron perseguidos muy a menudo en el pasado. Fueron expulsados, encarcelados o incluso asesinados. No deberían haber hecho eso..."

Georg interrumpió a su hermana.

"Por supuesto que tenían que hacerlo. No conoces en absoluto los crímenes que cometieron los judíos. A menudo robaban pueblos y ciudades enteras. Incluso mataron a niños inocentes. Pero si eres un asesino, ¡deberías matarte a ti mismo!"

La madre asiente.

"Georg tiene razón. Los judíos deberían haber sido tratados con aún más dureza, así habríamos podido evitar muchas desgracias".

De repente, la madre se detiene. Señala una cruz a la derecha de la carretera.

"¡Niños, miren allí! El hombre colgado de la cruz fue uno de los mayores opositores de los judíos de todos los tiempos. Conocía a los judíos en su depravación y despotismo. Con el látigo echó una vez a los judíos, porque estaban



"Cuando vean una cruz, recuerden el horrible asesinato de
los judios en el Gólgota..."

llevando a cabo su comercio en la iglesia. Llamó a los judíos 'homicidas desde el principio'. Con esto quiso decir que los judíos siempre han sido asesinos. Y continuó diciendo a los judíos: 'Vuestro padre es el diablo'.

¿Niños, saben lo que eso significa? Eso significa que los judíos descienden del diablo. Y como descienden del diablo, sólo pueden vivir como demonios. Y es por eso que cometen un crimen tras otro".

Los niños miran atentamente la cruz. La madre continúa hablando.

"Porque este hombre conocía a los judíos, y porque predicaba la verdad al mundo, tenía que morir. Por eso los judíos lo asesinaron. Por eso lo crucificaron. Le clavaron clavos en las manos y los pies y lo dejaron desangrándose lentamente hasta morir. De una manera tan horrible los judíos se vengaron. Y de manera similar han matado a muchos otros que tuvieron el valor de decir la verdad sobre los judíos. Y eso, niños, deben recordarlo siempre. Cuando vean una cruz, recuerden el horrible asesinato de los judíos en el Gólgota. Recuerden que los judíos son hijos del diablo y homicidas. Y recuerden el dicho:

Desde que los judíos han estado en la Tierra,
Ha habido enemigos de los judíos.
Advertían de la sangre judía,
E incluso sacrificaron su sangre.

Para que el mundo conozca al diablo,
Y no se dirija a su perdición,
Para que el mundo sea pronto libre
De su esclavitud al judío".

El dios de los judíos es el dinero

Liselotte está sentada junto a la ventana con su madre. Afuera ya está oscureciendo. La madre ha dejado de tejer. Ninguna dice una palabra. Liselotte mira pensativamente por la ventana.

"¿En qué estás pensando?", le pregunta la madre.

"Estaba pensando en papá", responde la hija.

"¿Por qué en papá?" pregunta la madre con asombro. Liselotte se aparta el pelo rubio de su frente. Y luego responde:

"Madre, a menudo pienso en cómo papá tiene que trabajar por nosotros día tras día. Temprano por la mañana se va a la fábrica. Sólo por la noche vuelve a casa. Y así año tras año. ¡Ganar dinero es tan difícil!"

La madre suspira.

"Sí, hija mía, tienes razón. Pero hoy las cosas han cambiado. Antes, cuando tu padre estaba desempleado, era aún peor. Durante tres años, papá no tuvo nada que hacer. Durante tres años no ganó nada. Durante tres años solo recibimos una pequeña ayuda. Papá estaba desesperado. Quería encontrar un trabajo. Pero no había trabajo para él. Tuvimos que pasar hambre, sólo para comprarte leche, Liselotte. Y millones de otros hombres también estaban desempleados. En las familias trabajadoras había una miseria que no se puede describir. Sí, pequeña, fue un tiempo terrible. Y no lo olvidaré en toda mi vida. Pero hoy Adolf Hitler nos ha vuelto a dar trabajo y pan. Hoy es un placer poder trabajar. ¡Poder trabajar por nuestro pueblo, por nuestra patria!"

Liselotte se ríe.

"¿Sabes, madre, lo que a veces deseo? Me gustaría ser rica. ¡Muy rica! Y con mi dinero haría feliz a la gente. Me encantaría ayudar a los pobres".

La madre palmea amablemente a su hija en el hombro.

"¡Qué amable de tu parte, Liselotte! Pero créeme, niña, el dinero por sí solo no te hace feliz. Conozco a muchas personas que, a pesar de su riqueza, son las más pobres. Están enfermos. Enfermos de la buena vida, enfermos de la comida y bebida, enfermos de pereza. ¡Ya no pueden reírse porque tienen miedo! Tienen miedo de que alguien venga y les quite toda su riqueza. Miedo de que de repente

se vuelvan pobres. Sí, hija mía, no envidio a nadie por su dinero. Y también sé que somos más felices que muchos millonarios".

Liselotte asiente. Luego dice:

"Dime madre, ¿Cómo es que los judíos se han hecho tan ricos? Nuestra maestra nos dijo que hay miles de judíos en el mundo que son millonarios. Y los judíos no trabajan en absoluto. Sólo los no-judíos necesitan trabajar. El judío sólo comercia. ¡Pero uno no puede hacerse millonario comerciando con papel, huesos, ropa vieja y muebles!"

"¿Oh, por qué no?", dice la madre, "es precisamente con estas cosas que los judíos han adquirido a menudo grandes fortunas. Han estafado a los gentiles necesitados de todas sus pertenencias por unos pocos centavos. Y luego las revendieron con un gran beneficio. El judío no tiene conciencia, no tiene compasión. No le molesta cuando los gentiles engañados se mueran de hambre. Los judíos no tienen piedad. Sólo se esfuerzan por una cosa, por el dinero. Cómo ganan ese dinero es irrelevante para ellos".

Liselotte escuchó con atención. Y volvió a preguntar:

"Madre, ¿cómo es que los judíos pueden ser tan malvados, tan despiadados y tan indeciblemente mezquinos?"

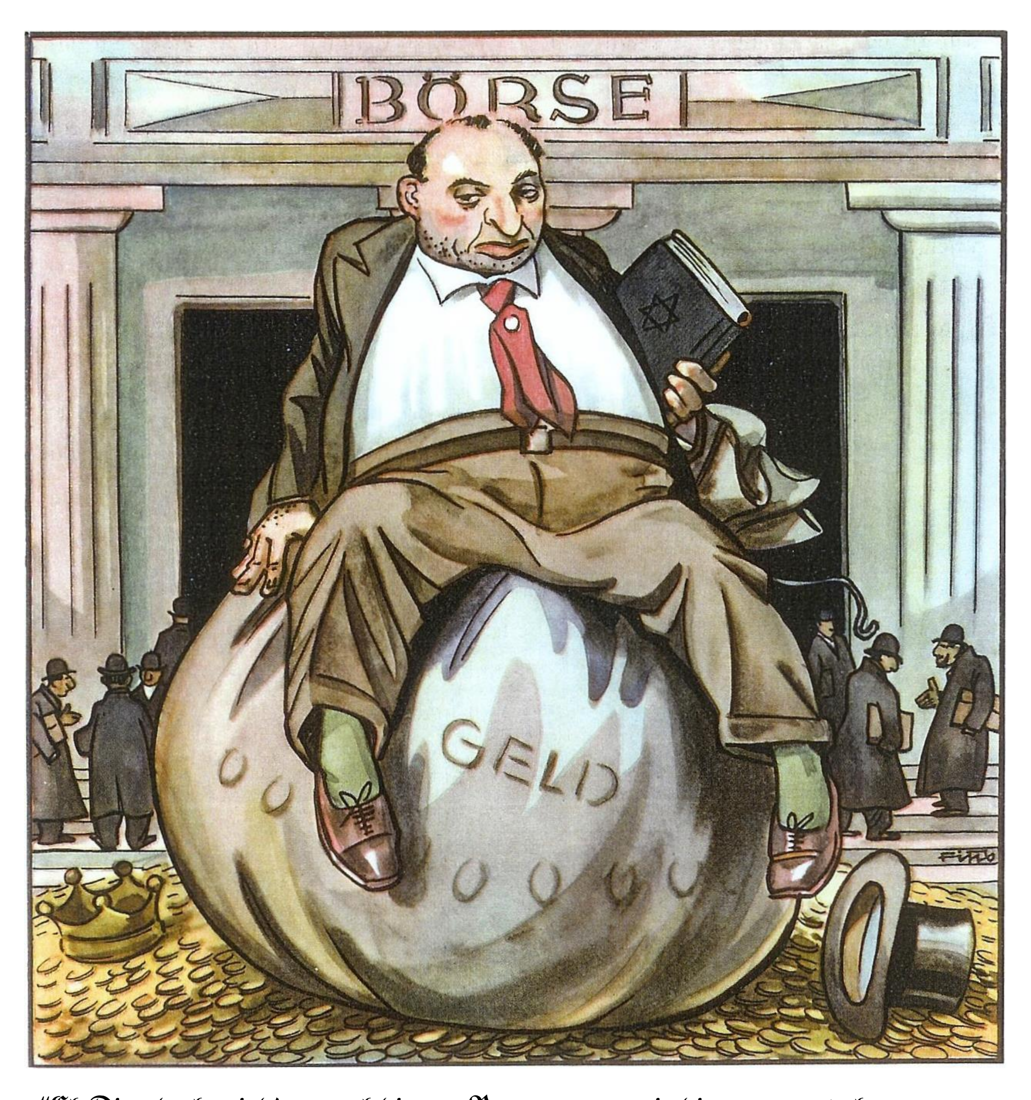
La madre responde:

"Niña, debes recordar una cosa: El judío no es un hombre como nosotros. El judío es un demonio. Y un demonio no conoce la honestidad. Un demonio sólo conoce la mezquindad, sólo conoce el crimen. Liselotte, lo has leído a menudo en la Biblia. Y en la Biblia hay un dicho, que el dios de los judíos dijo una vez a los judíos. Dice así:

"Devorarás a las demás naciones de la tierra. ¿Sabes lo que eso significa? Significa: ¡Ustedes los judíos destruirán a todos los pueblos de la tierra! Los explotarás y los dejarás secos hasta que finalmente mueran. Eso es lo que significa ese dicho".

Liselotte se puso muy seria. Todavía no puede entender todo esto.

Y de nuevo la madre habla:



"El Dios de los judíos es el dinero. Y para conseguir dinero, comete los mayores crímenes. No descansa hasta que puede sentarse en una gran bolsa de dinero, hasta que se ha convertido en el rey del dinero".

"¡Sí, hija mía, así es el judío! ¡El Dios de los judíos es el dinero! Y para conseguir dinero comete los mayores crímenes. No descansa hasta que puede sentarse en una gran bolsa de dinero. No descansa hasta que se ha convertido en el rey del dinero. Y con ese dinero quiere hacernos esclavos, quiere destruirnos. Con ese dinero quiere obtener el dominio del mundo entero. Y todo esto lo dice un verso con pocas palabras:

El deseo del judío en este mundo
Sólo busca una cosa: ¡dinero, dinero, dinero!
Sea asesinato, robo, todo es igual para él,
Mientras se enriquezca sin medida.

¡Qué le importa la vergüenza, la burla!
¡El dinero es su dios y siempre lo será!
Con el dinero quiere destruirnos a todos,
Y gobernar el mundo entero".

Como el obrero Hartmann se convirtió en nacionalsocialista

Las juventudes Hitleristas están de excursión. El portador de la bandera lleva con orgullo el estandarte. Detrás de él marchan las juventudes Hitleristas. "Izquierda - Derecha - Izquierda - así sigue y sigue. Y mientras tanto, se cantan animadas canciones.

Las Juventudes Hitleristas han estado marchando durante dos horas. Se acercan al Reichsautobahn. Los chicos miran la obra. Olvidándose de cantar.

"Esta autopista es algo maravilloso" dicen entre ellos, "¡un tremendo trabajo que nuestro Führer está creando aquí!"

El líder de la tropa notó la inquietud de sus camaradas.

Se sale de la línea y ordena: "¡Pelotón, alto!"

Y luego deja que sus camaradas se alejen.

Los Hitleristas se dirigen a la obra y se instalan a la izquierda y a la derecha de la carretera. Inician conversaciones con los trabajadores. Uno de los obreros se ocupa de ellos de una manera particularmente amigable y les trae unas tazas de campo con agua para beber y media hogaza de pan. Luego se sienta y habla con ellos. Primero los chicos tienen que decir de dónde vienen y hacia dónde marchan. Tenían que contar lo que hacían en las Juventudes Hitleristas y mucho más. Pronto se enteraron del nombre del obrero, con el que hablaron tan francamente. ¡Su nombre es Hartmann, Georg Hartmann!

"Sr. Hartmann", dice el jefe de la tropa, "ya hemos hablado bastante. Ahora tiene que contar algo suyo". El trabajador se ríe y se limpia el bigote marrón. Entonces dice:

"¡Bueno, chicos! Les diré algo sobre una época de la que no saben mucho. Todavía eran muy pequeños".

"¡Sí, es especialmente interesante para nosotros!" Grita el Hitlerista Richard entre ellos y muerde su pedazo de pan.

El obrero les dice:

"¡Bueno, prepárense, muchachos! Esto fue hace muchos, muchos años. Yo estaba desempleado en ese momento. Y yo era entonces –les digo abierta y honestamente–

un comunista. ¡Si! Yo era un verdadero "rojo". Creía que Hitler era el enemigo de los trabajadores. Creía todo lo que estaba escrito en los periódicos rojos. No sabía que estos eran los judíos que agitaban a los trabajadores. No sabía que los judíos querían que el pueblo alemán se hiciera pedazos. ¡No sabía que los judíos son los enemigos todo Estado decente!"

"¡Pero ya lo sabemos!" grita el pequeño Richard, "¡lo oímos casi todos los días en las Juventudes Hitleristas y en la escuela!"

El jefe de la tropa se enfada.

"¡Richard, cierra tu boca y deja hablar al Sr. Hartmann!"

El obrero sonríe. Y luego continúa.

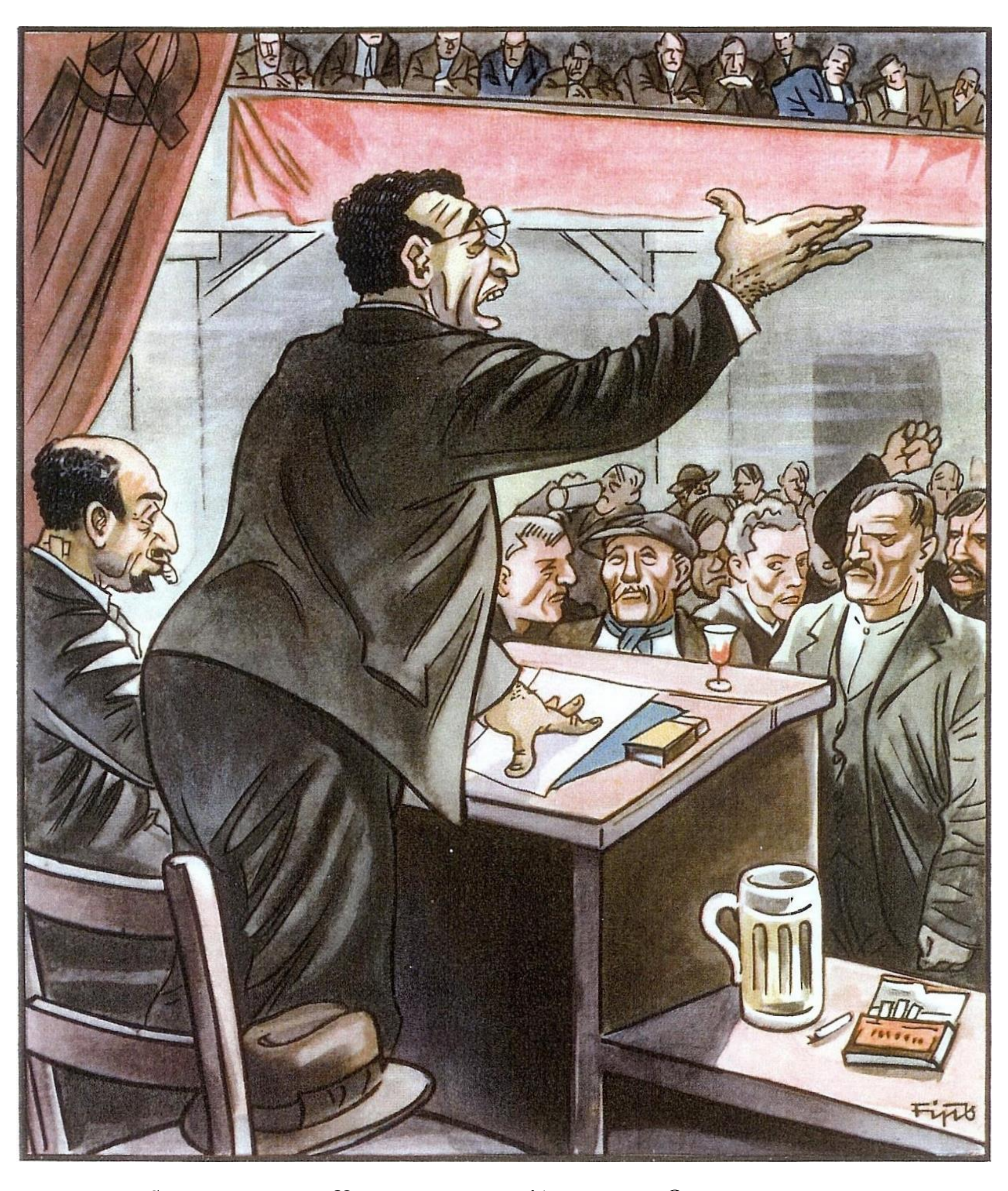
"Sí, muchachos, así era entonces. Creía en los malhechores. No tenía ni idea de lo que esas ratas querían de nosotros. Pero un día todo cambió. Y sucedió así: Hubo una asamblea comunista en la cervecería 'El Elefante'. Por supuesto que yo también estaba allí. Dos oradores hablaron con nosotros. Los miré más de cerca y noté que ambos eran judíos. Por primera vez me puse a pensar. Y cuando uno de los judíos hablaba constantemente de Rusia y repetía que era mejor allí, me levanté enojado y le contesté: ¿Por qué sólo hablas de Rusia? ¡Somos trabajadores alemanes! ¡Sí, somos alemanes! ¡Queremos oír de Alemania, no de Rusia!"

"¡Muy bien!" Gritó Richard de nuevo.

"¡Silencio!" El camarada líder ordenó, volviendo un par de ojos furiosos hacia el chico.

El señor Hartmann siguió hablando.

"Lo que experimenté entonces, no lo olvidaré en toda mi vida. Me lanzaron algunos gritos jodidos y destellaron con los puños. Sin embargo, el judío que acababa de hablar y a quien yo había interrumpido con mi grito, se enfureció terriblemente. Me gritó y me llamó 'un tipo estúpido' que no sabía nada al respecto, y finalmente dijo: '¡No nos importa Alemania! ¡Alemania debería morir en silencio! ¡Todo lo que importa es que vivamos bien y la pasemos bien!' Ahora sabía lo suficiente. Los obreros nos estábamos convirtiendo en traidores a la patria. Cooperábamos con los judíos para la ruina de Alemania. No traicionaría a mi patria. No... ¡Nunca! Les di la espalda a los judíos y me fui de la asamblea. Otros tres camaradas vinieron conmigo".



El judio gritó: "No nos importa Alemania... Lo importante es que nos va bien a nosotros..."

"Esa noche no pude dormir. Me quedé despierto hasta la mañana temprano. Pero luego supe que tenía que hacer. Dejé el partido comunista. Más tarde, encontré mi camino hacia Adolf Hitler. Y yo les digo: Me quedaré con Hitler mientras viva. Hoy conozco al judío. Siempre recordaré la canción que cantamos los obreros.

Si un pueblo quiere crecer fuerte,
Debe consagrarse con unidad.
Porque huelga y disturbios, lucha de clases
Hacen que un pueblo perezca.

El mundo a menudo ha experimentado esto
Durante muchos, muchos cientos de años.
La paz eterna solo vendrá a nosotros,
Cuando de una vez nos liberemos de los judíos".

¿Hay judíos decentes?

En la posada "Águila Negra", cuatro hombres se sientan a la mesa: un obrero, un granjero, un carpintero y un judío. El nombre del judío es Salomón. Él pagó la cerveza para los demás. Y ahora cree que es el único que tiene derecho a hablar. Habla constantemente con los demás. Y habla solo de los judíos. Dice que un judío que es tan honesto, trabajador, inteligente y que no puede hacerle daño a nadie. "Siempre se dice sobre nosotros, los judíos, que engañamos a los demás. Que mentimos y estafamos. Ni una palabra es cierta. Nosotros, los judíos, somos las personas más honestas que existen".

Eso dice Salomón.

Pero el carpintero sacude la cabeza. Y luego dice:

"¡No, mi querido Salomón! No puedes hacerme creer eso. Porque conozco suficientes judíos que son los mayores bribones del mundo ¡Piensa en el vendedor de ganado Rosenfeld! Cómo engaña a los agricultores y cómo los calumnia, nadie lo hace como él. ¡Piensa en los grandes almacenes de Löwenberg! Ya ha quebrado tres veces. Y siempre cayeron víctimas los no-judíos. Piensa en el prestamista Isidor, ese miserable ladrón. ¡Si tuviera que pagar todo lo que hizo, no podría salir de la cárcel por el resto de su vida!"

El judío se inquieta. Busca excusas.

"Bueno, esas son excepciones. También hay un dicho: no hay regla sin excepción. Y lo que hicieron, carpintero, no fue tan malo como dices. ¡Exageras!

Ahora el granjero también se mete en la conversación.

"El carpintero tiene razón", dice el granjero, "Conozco aún más excepciones de ese tipo. Conozco al judío Schlesinger. Fue al juzgado por robo. Conozco al judío Oppenheim. Juró perjurio. Conozco al judío Schmulewitz. Pasó dinero de contrabando al extranjero. Conozco al judío Weil. ¡Está en prisión por asesinato!"

Salomón se enoja. Había pagado por la cerveza, y ahora tiene que escuchar estas cosas.

"¡Hablan un montón de estupideces!", grita el judío, "pero de los judíos decentes, no dicen nada. Y hay muchos judíos decentes. ¿No soy acaso un judío decente? ¿No fui un soldado en el frente? ¿No defendí a mi patria? ¿No he hecho mucho bien a los pobres? ¡Y no he pagado yo sus cervezas, descarados, estúpidos goys!

La sala se volvió muy silenciosa. Nadie dice nada. El obrero se levanta de su silla. Hasta ahora había hablado muy poco. Pero ahora comienza. Lanza una moneda al judío.

"Así que, mi querido Salomon, ahora arreglare las cuentas contigo. Aquí tienes tu dinero de vuelta. No dejaremos que nos pagues nada. Pero ahora voy a decirte la verdad. ¿Qué acabas de decir? ¿Habías estado en el frente y habías defendido Alemania? ¡Mentiroso, patético! Nunca escuchaste el silbido de una bala. ¡Lo estabas evitando! Eras 'indispensable', y en casa estabas en el negocio de la especulación. Y luego estabas con los Rojos, gritando: '¡Abajo Alemania! ¡Viva la revolución mundial!' Y tú, ¿quieres ser un judío decente? No, querido, no hay judíos decentes en absoluto. Cada judío es el mismo sinvergüenza que el otro. ¡Y si dices otra palabra ahora, entonces...!"

Eso es todo lo que el trabajador necesita decir. Salomón agarra su sombrero y sale corriendo de la posada como el diablo. Toda la gente se ríe.

"Le has dado con la verdad", le dice la casera al obrero, "es una lástima que ya se haya ido. Si no, me habría gustado repetirle un refrán. Y ese refrán dice así:

Todavía se escucha un cuento
Que buenos son los judíos,
Como les dan dinero a los pobres
Son ángeles en el mundo.

¿Un judío como un ángel?
¡Eso sólo puede ser un cuento de hadas!
¿Quién inventa tales cosas?
¡Es el propio judío quien lo hace!"



"Siempre se dice sobre nosotros, los judios, que engañamos a los demás. Que mentimos y estafamos. Ni una palabra es cierta. Nosotros los judios somos las personas más honestas que existen".

Sin solución a la cuestión judía no hay salvación para la humanidad

Los chicos de las Deutsches Jungvolk están orgullosos de sus uniformes negros. "¡Somos los hombres de Hitler!", dicen los chicos. Aunque la palabra "hombres" es un poco exagerada, tienen razón en una cosa: Los jóvenes son leales al Führer en la vida y en la muerte. A veces los chicos también son un poco insolentes. Por ejemplo, cuando ven a un Hitlerjugen, dicen: "¡Oh, ya es demasiado viejo! Pero, por supuesto, no lo dicen con mala intención. ¡No! ¡Al contrario! Los Jugenvolk y los Hitlerjungen se mantienen unidos como acero y hierro. Un ejemplo son los chicos Konrad y Anton que son amigos del Hitlerista Erich. Y hay una razón para ello. Erich ya ha visto mucho en su vida. Ya ha estado dos veces en el congreso del partido del Reich en Núremberg. Una vez también estuvo en la capital del movimiento, en Múnich. ¡Y sabe contar tan maravillosamente sus experiencias! A los dos chicos les gusta escucharlo y siempre se alegran cuando Erich se acerca a ellos.

Hoy los tres vuelven a estar juntos y caminan por las calles de la ciudad. El Hitlerjugen Erich está contando historias. Los chicos escuchan atentamente.

"¡Tomen nota camaradas! Estuve en Múnich el 9 de noviembre. Y pude presenciar la memorable marcha de los antiguos combatientes en honor de los caídos en el Feldherrnhalle. Fue conmovedor. El Führer marchó en medio de sus seguidores. Su rostro estaba muy serio. Pensaba en sus compañeros que entonces habían sellado su lealtad con sangre. Junto al Führer marchaba el mariscal de campo Herman Göring, que había sido gravemente herido en la Feldherrnhalle. También vi a los ministros del Reich, Dr. Goebbels, Frick, Rust, los líderes del Reich, Rosenberg, Amann, Schwarz, a nuestro líder de la juventud del Reich, Schirach, y muchos otros antiguos combatientes. Delante del Führer se llevaba la Bandera de Sangre, que en ese momento había recibido su consagración el 9 de noviembre de 1923. Y frente a la bandera de sangre marchó un hombre que también estaba al frente de la misma en 1923: Julius Streicher".

"Sí, todos lo conocemos bien", Grita Konrad, "es enemigo de los judíos. Por eso los judíos lo odian".

"Tienes razón," dice el muchacho Hitlerista, "los judíos odian e insultan a los que más temen. Y le temen a Streicher".

Anton, que no había dicho nada todavía. De repente se detiene. Luego agarra a sus amigos por los brazos y los lleva con él. Se detienen frente a un poste de anuncios. Leen un gran cartel. Dice así:

Julius Streicher
habla en el Volkshalle
"Los judíos son nuestra desgracia".

"¡Vamos!", dice Konrad, "he esperado tanto tiempo para escucharlo hablar".

"Lo escuché una vez en una reunión, hace dos años", dice Erich.

"¡Cuéntanos!", piden los dos jóvenes. Erich narra:

"La reunión estaba superpoblada. Miles de personas estaban allí. Primero Streicher habló de los años de lucha y de los grandes logros del Reich de Hitler. Luego habló de la cuestión judía. Lo que dijo fue tan claro y simple que incluso los niños podíamos entenderlo. Siempre tomaba ejemplos de la vida misma. En otro momento habló de forma divertida e hizo chistes que nos hicieron reír a todos. Pero luego volvió a hablar con profunda seriedad, y la sala quedó tan silenciosa que se podría haber oído caer un alfiler. Habló de los judíos y de sus terribles crímenes. Habló del gran peligro que el judaísmo representa para el mundo entero.

'¡Sin solución a la cuestión judía
no hay salvación para la humanidad!'

Eso fue lo que nos dijo. Y todos lo entendimos. Y cuando finalmente llamó a Sieg Heil por el Führer, vitoreamos con gran entusiasmo. Streicher habló durante dos horas. A nosotros solo nos parecieron unos minutos.

¡Sí, queridos amigos! Siempre recordaré esa reunión y jamás olvidaré el coro que escuchamos al final:

Desde la Alemania creada por Hitler,
Resuena un grito al mundo entero:
¡Libérense de la mano judía
Y salven a su Pueblo y Patria!

El mundo se despierta en las cadenas de Judá
Sólo Alemania puede salvarlo.
Pensamiento alemán y carácter alemán
Liberará al mundo entero algún día".



"Quien lucha contra el judío, lucha contra el diablo". Julius Streicher.


Sol Invicto